

Joakim Zander: El Nadador

Traducción de Pontus Sánchez
Madrid, 2014, Prisa Ediciones-Santillana,
431 pp.
ISBN: 978-84-8365-610-5

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: Bibliografía: Notas de lectura
Fecha de Publicación: 09/06/2014
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Joakim Zander: El Nadador

Traducción de Pontus Sánchez

Madrid, 2014, Prisa Ediciones-Santillana, 431 pp.

ISBN: 978-84-8365-610-5



Una primera novela de un escritor nórdico, Joakim Zander (1975), que trabajó en instituciones comunitarias europeas y que refleja el mundo de esa nueva burocracia entreverada de grupos de influencia y de presión que, en sus perfiles extremos, condiciona la vida de todos los ciudadanos con dinámicas en las que el secreto y la propaganda pueden encubrir las mayores barbaridades y abusos.

«¡Los suecos lo han vuelto a lograr!»

Litteratursiden

«La novela debut de Joakim Zander está repleta de acción vertiginosa y cargada de adrenalina... *El nadador* es uno de nuestros libros favoritos del año.»

Magasinet Paragraf

«En medio de una acción trepidante, Zander también logra crear con éxito personajes de carne y hueso y totalmente creíbles.»

Dalarnas Tidning

«*El nadador* está bien escrito y resulta increíblemente emocionante, pero su fuerza reside también en un reparto de personajes cuidadosamente representados y en su capacidad para evitar la predictibilidad de este género.»

Skånska Dagbladet

«Está tan elegantemente construida que, mientras la leía, tuve que volver a comprobar que realmente era una primera novela lo que tenía en la mano... Y no es solo la trama lo que resulta tan convincente, el lenguaje de *El nadador* es igual de potente.»

Göteborgs-Posten

«Joakim Zander tiene una buena historia que contar, una historia que aborda cuestiones morales así como los remordimientos y la expiación, la culpabilidad y la venganza... Como debut *El nadador* es impresionante.»

Borås Tidning



JOAKIM ZANDER, nacido en 1975, vive con su familia en Helsinki, donde ejerce como jurista para la Unión Europea. Durante diez años ha trabajado en Bruselas para varias instituciones europeas y es doctor en Derecho por la Universidad de Maastricht. *El nadador* es su primera novela.

El Nadador que da título a la novela – relato negro, thriller – es un agente americano de espionaje y tráfico de armas en Próximo Oriente – Siria, Líbano, Afganistán... - que en el verano de 1980 pierde en un atentado, dirigido contra él, a la madre sueca de su hija, bebé recién nacido, que pasará a convertirse en la protagonista de la acción de la novela, Klara Walldéen. La acción principal que se narra se desarrolla en la semana previa a la navidad de 2013, vertiginosa y trágica, en la que confluyen todas las nefastas consecuencias de una política

paranoica y de acciones secretas aberrantes que degradan tanto a los que las sufren como, sobre todo, a quienes las practican.

No existe la verdad

La metáfora del Nadador – que de alguna manera justifica esta nota de lectura para la colección de Nadadores – aparece desde el principio mismo de la historia narrada. La jefa de los espías y agentes americanos, Susan, que recibe al agente que acaba de perder a su amada sueca en el atentado de Damasco dirigido contra él, un atentado del que se pudiera sospechar ser un asunto interno de la organización misma, lo recibe en Langley, la sede americana de la organización en Virginia, y lo tranquiliza:

“- ¿Estás bien? – me pregunta.

Un tono de voz que es constante, independientemente del tamaño de las víctimas que tiene bajo su mando.

- Estoy bien.

- Tómame el resto de la semana libre – dice –. Ve a nadar. Sírvete una copa.

Veo cómo le da un golpe de mano al marco de plástico de la puerta con la palma de la mano antes de salir de mi cuarto. El listón tiembla.

Ánimos, quizá. Simpatía. Ella sabe que me gusta nadar.

No hay nada que no sepan de mí.

El agua de la piscina pública está demasiado caliente, pero aun así la prefiero antes que la piscina en Langley. Cuando asomo la cabeza para coger aire, cada cuatro brazadas, oigo las voces de falsete de algún grupo escolar rebotando como ondas de radar entre las paredes de azulejos con olor a cloro. Largo tras largo. Hubo un tiempo en el que podía haber sido bueno nadando. Los juegos olímpicos eran una posibilidad real, una meta al alcance de la mano. Pero mi motivación apuntaba a la Universidad de Michigan, no más allá, como se vería con el tiempo. No es algo de lo que me arrepienta. No me arrepiento de nada. Si pensáramos en términos de arrepentimiento no podríamos sobrevivir. Y al final, sobrevivir es lo único que significa algo.

Sé que todo está cargadísimo de mentira.

Pero la realidad es frágil: sin las mentiras, amenazaría con derrumbarse.

Las mentiras son las juntas que mantienen el puente en pie y permiten viajar de una orilla a la otra. No existe la verdad.”

(pp.41-42).

Este es el tono, entre cínico y desencantado, que adopta la primera persona del Nadador, cuyo recuerdo va hilando ese pasado tormentoso que irá incidiendo en la acción aún muchos años después, y alcanzará de lleno a la ya hermosa mujer que es su hija Klara, crecida con sus abuelos en un medio rural sueco, sin ningún contacto con un padre americano al que desconoce pero que al final aparecerá para salvarla de las consecuencias de su airada vida que parecía alcanzar de lleno a la inocente huérfana.

Confidencialidad y Lobismo

Los capítulos breves y ágiles que no son las evocaciones en primera persona del Nadador, en estilo objetivo y con abundantes diálogos, se suceden vertiginosos. El joven abogado sueco George Lööw, lobista en la empresa de relaciones públicas Merchant & Taylor, orgulloso de su trabajo brillante de asesoramiento y asistencia a grandes empresas internacionales a 350 Euros la hora y comisiones especiales suculentas, recibe el encargo de sus superiores de trabajar para una misteriosa Digital Solutions, poderosa empresa americana. Ya en la primera entrevista, el representante americano Reiper le hace firmar un documento de confidencialidad.

“Era un clásico acuerdo de confidencialidad entre él y Digital Solutions. No podía decir ni media palabra sobre lo que discutieran en las reuniones. De hecho, no podía contarle a nadie que estaba trabajando para Digital Solutions, ni siquiera que sabía de su existencia. Si aun así lo hacía corría el riesgo de tener que indemnizarlos con una cantidad relativamente astronómica, dependiendo de la gravedad de su desliz. No era nada fuera de lo normal. Muchos clientes exigían anonimato y no siempre estaban dispuestos a que se los vinculase con una empresa de relaciones públicas conocida por su falta de escrúpulos, como era el caso de Merchant & Taylor.

- Pone que está firmado en Washington D.C. – dijo al final – Pero estamos en Bruselas.
- Sí – respondió Reiper, un tanto ausente mientras parecía leer algo en su iPhone –. Nuestros abogados dicen que es más fácil evitar lo que ellos llaman un pleito entre expertos si fuera necesario.

Se encogió de hombros y levantó la vista del teléfono.

- Pero doy por hecho que usted sabe más de acuerdos de confidencialidad que yo, ¿cierto?”

(pp.35-36)

Ya en el primer encargo recibido, una simple traducción, el joven abogado George se dio cuenta de que aquello podía rozar la ilegalidad, pero una conversación con un directivo de su empresa, un tal Appleby, parecía indicar que podía tranquilizarse y que aquella aventura podía ser muy beneficiosa para su propio medro profesional en la empresa. Este es el tono de aquellos razonamientos de Appleby:

- En nuestro ramo el objetivo siempre es conseguir más dinero, George – dijo –. Conseguir dinero y al mismo tiempo evitar problemas. Supongo que es así en todas partes, pero nuestro ramo sigue siendo especial. Lobismo. La gente no sabe lo que hacemos. La importancia de nuestro trabajo. Siempre hay ignorantes de mierda que nos atacan. Nos llaman mercenarios y creen que somos unos inmorales. En todas las putas encuestas que se hacen sale que no le gustamos a la gente. ¡Que no se fían de nosotros!

Appleby extendió los brazos en un gesto de impotencia.

Como si le fuera del todo imposible entender por qué alguien no iba a fiarse de él.

- Los políticos dicen que no les gustamos. Que nuestra influencia debe ser limitada por todas las vías posibles. Pero la realidad es que ni uno solo de ellos podría sobrevivir si nosotros no les susurráramos a los oídos. ¿Dónde estarían ahora si nosotros no estuviéramos aquí mediando entre los contactos y movilizándolo a sus electores? Somos el lubricante del mecanismo. Engrasamos los engranajes día sí, día también. Así que tendrán que perdonarnos que de vez en cuando, cuando nadie mira, adaptemos el mecanismo a las necesidades de nuestros clientes. Es un pequeño precio que pagar por nuestra contribución.

Appleby dio un sorbo a su copa.

George habría dado cualquier cosa por un cigarrillo, pero ahora no podía levantarse y salir a fumar.

- Pero lo que hacemos no siempre puede hacerse a la luz del día – continuó Appleby –. Algunos de nuestros clientes se sienten más tranquilos entre sombras. No hay nada raro en ello. Solo es parte del juego. Pero a veces necesitamos protección, que nos echen una mano.

(p.95).

El secreto y la ocultación, la protección, el beneficio, los favores pendientes y los favores devueltos, el espionaje, una realidad política operativa. Son esos protectores los que a veces exigen que se paguen algunas deudas, lo cual a veces puede no ser agradable, pero es necesario. Y eso lo sabría George con el tiempo. Más aún, “quieras o no, si te quedas en este ramo estarás obligado a entenderlo mejor”, como le dice Appleby a George (p.96).

Todos somos sospechosos

El ambicioso joven abogado George se vio metido así, de lleno, con la aprobación de sus superiores de la empresa de relaciones públicas, cada vez más en una espiral de ilegalidades, comenzando por pinchar el ordenador del despacho de la secretaria de una diputada sueca, la joven Klara, hasta verse cautivo en manos de sus contratantes, el equipo de Reiper de Digital Solutions, para evitar que pudiera denunciar las acciones que se había visto obligado a hacer y en cuyo trasfondo estaban los testimonios sobre torturas de militares americanos en guerras orientales...

Un personaje fronterizo, Mahmoud Shammosh, exnovio de Klara, doctorando con una tesis sobre la progresiva privatización de la guerra en el mundo, a quien llega información sobre esos comportamientos aberrantes y contra los derechos humanos, será acusado de terrorismo y en esa acción se ven todos implicados en esa semana trágica prenavideña en la que todos los personajes confluyen, accionan y se desvanecen...

Es el Nadador, a través de sus reflexiones, quien va dando las pautas de la verdad/realidad que se despliega y que ocultan y manipulan hasta convertir en tragedia, por miedo paranoico a que su desvelamiento traiga el caos a la sociedad que pretenden defender o preservar...

Una sociedad violenta en la que todos pasan a ser delincuentes condenados por jueces invisibles... “Todos somos sospechosos. Más que eso. Culpables hasta que se demuestre lo contrario” (p.171).

Con lealtades difíciles de calibrar: “¿Es peor vender a tu país por dinero que por ideología?” (p.171). En donde las barreras para el acceso a la información delimitan la esfera de poder de cada uno, su influencia y capacidad de acción, tal vez su libertad misma: “Mis superiores tienen que revocar el sello de confidencialidad y si usted no tiene un documento que tenga ese efecto no diré nada más al respecto” (p.173).

En donde la figura del renegado puede ser hasta una solución moral ante el sistema que ha perdido pie:

“... esta vida nos ha convertido en instrumentos. Nada más.
Siempre listos para actuar en lo que ellos deciden compartir con nosotros.
Siempre listos para cambiar de bando, cambiar de ideología y métodos” (p.217).

Y todo presidido por el secreto, la confidencialidad, una lealtad ambigua a la larga: “Supongo que la guerra fría era eso. Una mano nunca sabía lo que estaba haciendo la otra. Aprendí con el tiempo” (p.262).

Reflexiones de Nadador, la linde del renegado

Las reflexiones del Nadador, con el paso del tiempo, agente desengañado, ya quemado, de alguna manera, del que la propia organización desconfía como sospechoso, y al que incluso llegan a recomendar que deje la organización y pase a la empresa privada:

“Alguien me recomienda un contacto en una empresa privada en Irak.
Ahora todo son empresas privadas. Contratistas.
Trabajo de campo y grandes sumas de dinero.
- Allí tu experiencia sería de valor incalculable.

Pero no soy capaz de mandar una solicitud. Las únicas fuerzas que me quedan son para levantarme y poner los pies en el suelo tras otras doce horas de sueño inducido por el whisky y las pastillas. Y casi ni para eso.
Ni siquiera veo la piscina cuando voy de camino al trabajo.
¿Me habré olvidado de cómo se nada?
Dios sabe que me he obligado a mí mismo a olvidarme de todo lo demás
(p.212).

Y poco más abajo, cuando reflexiona sobre los cambios en la política que parece que solo aparentemente cambian algo, otra amarga reflexión o descubrimiento: “Algunas cosas cambian...” “Es lo que poco a poco han ido creando ellos mismos: “La maquinaria de guerra alternativa, privada, rentable. Los interminables subcontratistas. La envergadura resulta chocante incluso para los que estamos dentro, los que deberíamos saber.” Y ahí de nuevo, la metáfora del nadador se hace funcional y operativa:

“Poco a poco me obligo a volver a la piscina, poco a poco aprendo a nadar otra vez. Un largo tras otro, hasta que dejo de contar, hasta que mis brazos están tan cansados que apenas tengo fuerzas para levantar el mando de mi televisor de plasma en mi piso, amueblado hasta el último detalle como un hotel de categoría.

Poco a poco, casi sin darme cuenta, cambio el wiski por té, las pastillas para dormir por cinco secuencias de veinte flexiones sobre la suave moqueta de mi dormitorio, doce horas de dormir sin soñar por siete de pesadillas entrecortadas, tristeza y, en algún lugar, una versión de mi vida repleta de interferencias. Hasta que dejo de beber. Ni siquiera café.
(pp. 213-214).

La recuperación del Nadador como hombre racional y realista va alumbrando. “Al final la locura termina por ascender como una nube de vapor y nos deja como fuimos una vez: racionales, realistas” (p.213). Y el proceso culmina en el mes de diciembre de 2013, cuando descubre por informaciones reservadas de su propio entorno que su hija está en peligro. “Nombres en clave y documentos protegidos. Secretos sobre secretos”. Y la decisión final: “Mi historia a cambio de su futuro”. Es el momento de su última acción, la redentora, y también se presentan sus prolegómenos en clave de Nadador. Un hermoso poema metafórico para enlazar el desenlace de la historia terrible narrada.

“Una brazada. Dos. Tres. Respiro. Cierro los ojos y aparto el agua, los pensamientos, los recuerdos.
Una brazada. Dos. Tres. Respiro. Soy un torpedo sin fuerza explosiva.
Una bomba que no ha estallado.
Rompo el ritmo, doy cuatro brazadas sin respirar. Luego cinco. Seis.

Doy media vuelta en el otro extremo, por un instante las plantas de los pies entran en contacto con los azulejos. La fuerza con la que me doy impulso se propaga por mis gemelos, mis muslos. Noto cómo se transforma la energía, siento la fuerza convertirse en velocidad, velocidad sin sentido.
Me quedo bajo el agua mucho más de lo que resulta efectivo.
Media piscina, más. Rebaso con creces el punto en el que la energía de mi impulso es derrotada por la fricción del agua. Y más aún.
Sigo hacia abajo. Dejo que la velocidad se reduzca todavía más, dejo que las piernas dejen de patear, los brazos descansar. Vacío los pulmones. La presión en los tímpanos. El sonido del aire que sale de mi nariz,

de mi boca, en forma de burbujas a medida que me hundo. El suelo áspero en el esternón. La pintura resbaladiza y brillante de las líneas negras. Los pulmones apretando y encogiéndose en inspiraciones ficticias e infructuosas. Pero no me sirve. Ni siquiera eso. Los pensamientos. El recuerdo. Recé mi plegaria. Mi única plegaria. Nada me sirve.

Después estoy apoyado en el borde de la piscina hipando, hiperventilado. Mis ojos relampaguean por la falta de oxígeno y el agotamiento. Pequeñas estrellas saltan entre mis nervios. Han pasado tres horas desde que he encontrado el nombre de mi hija en nuestras bases de datos. Tres horas desde que mi plegaria dejó de ser escuchada. Tres horas desde que ya no puedo esconder mi pasado.” (pp.251-252).

En el momento final, su jefa de los servicios de información, Susan, definirá al agente con sobria contundencia: “Le gustaba nadar” (p. 429).

La decisión final de los principales actores de la tragedia generada por la información y el secreto, la política, la manipulación y el negocio de la guerra, la realidad sin más, será la salida moral del renegado: ni Klara Walldéen ni George Lööw desearán continuar con su trabajo como funcionaria, ella, y lobista, él, en Bruselas. Han pasado al otro lado de la frontera, saben demasiado ya, y en algún momento el autor deja un guiño explícito a Lisbeth Salander, la protagonista de la saga exitosa de Stieg Larsson, cuyo paralelo en esta historia podría ser una hacker quinceañera de Ámsterdam, Blitzie, capaz de enfrentarse ella sola, con su espontaneidad e imaginación, a la más refinada y zarrapastrosa organización de información reservada y sabotaje global. Una cierta esperanza de alguna manera antisistema. El mundo de los renegados.

FIN